

## ETOPEYA Y BIOGRAFÍA DE UN HUMANISTA QUE TAMBIÉN FUE OFTALMÓLOGO

**Xesús Alonso Montero**

### INTROITO

El presente libro, obra de Alejandro Otero Davila, ofrece los suficientes datos para conocer la biografía científica del doctor Antón Beiras García, una vida entregada siempre a nobles menesteres. Su entrega mayor fue al “vigoscopio”, ingenio tecnológico que pretendía curar el estrabismo, y lo consiguió a su modo, sin fármacos ni intervención quirúrgica. Aconteció la hazaña hace medio siglo. También en este libro se cuenta con rigor y detalle la “biografía” de ese sinoptóforo de televisión que el doctor Beiras, su inventor, denominó, patrióticamente, vigoscopio. Quienes sean lectores exigentes, releen los textos prologales escritos *ad hoc* por dos eminentes oftalmólogos que tuvieron relación con el invento y el inventor: el del doctor Fernando Gómez de Liaño y el del doctor Manuel Sánchez Salorio.

### ALGUNOS DATOS SOBRE LA JUVENTUD DE ANTÓN BEIRAS

Antón Beiras García, que nació en octubre de 1915, pertenece a la Generación del 36, un año tan decisivo para tantos españoles, compostelanos o no, fuesen médicos, poetas, albañiles, arquitectos, marineros o profesores. En el clima de entusiasmo político y cultural de la II República, se afilió a las Mocedades Galeguistas, la formación juvenil del Partido Galeguista. En las Mocedades coincide con jóvenes que, a la sazón, ya tenían un cierto nombre en el campo político o cultural: Francisco Fer-

nández del Riego, Xaime Isla, Celso Emilio Ferreiro, Marino Dónega, Ramón de Valenzuela..., todos ellos en situación problemática cuando el 20 de julio de 1936 se proclama y triunfa, en sus respectivas ciudades, el golpe de estado. Todos ellos, en edad militar, al ser llamados a quintas se enrolan en el Ejército, que era el Ejército antirrepublicano. Con esta inscripción, algunos evitaron la cárcel o la muerte. Ninguno de ellos, y es lástima, explicó en sus escritos cómo fue el drama íntimo que vivieron en los tres años de la Guerra Civil. No me refiero al drama padecido por cualquier persona sensible en una guerra cualquiera, donde, para no morir, hay que matar; me refiero al drama concreto de estos soldados (Antón Beiras, uno de ellos), forzados, por las circunstancias, a empuñar un fusil, siempre homicida, a favor de los verdugos de sus ideales y de los asesinos de sus camaradas más queridos (desde el líder político Alexandre Bóveda a Ánxel Casal, el abnegado editor de la causa galleguista).

Algunos de estos soldados “franquistas”, cuando, tiempos después, se refirieron a sus años bélicos, no aludieron a sus problemas de conciencia, razón por la cual no sabemos si, en algún momento, pensaron en pasarse a las filas republicanas: a “su” Ejército (sólo se pasó Ramón de Valenzuela).

Pensasen lo que pensasen estos soldados “franquistas” de las republicanas Mocedades Galeguistas, el año 1936 marcó sus vidas de un modo muy especial, incluso la de Antón Beiras, quien, por su condición de estudiante en la Facultad de Medicina, ejerció, en Lugo y León, como enfermero, es decir, no tuvo que utilizar el fusil, fatalmente homicida. Aun así, el sanitario Antón Beiras no ignoraba que al cumplir, hipocráticamente, su oficio, curaba oficiales que, al día siguiente, disparaban contra los amigos y camaradas de Alexandre Bóveda.

En cuanto a Antón Beiras, el año 1936 tiene una incidencia en su vida profesional: tiene que interrumpir sus estudios de Medicina, que concluye, ya finalizada la guerra, en septiembre de 1942.

### UNA PEDAGOGA EN LA VIDA DE ANTÓN BEIRAS: ANTÍA CAL

Antía Cal Vázquez, hija de emigrantes, nació en el año 1923 en la Galicia exterior, concretamente en La Habana, donde, seis años antes, había nacido otro hijo de la emigración gallega, Lorenzo Varela, tiempo después gran poeta en gallego y castellano. En La Habana Antía aprende a leer y a escribir en unas dependencias del Centro Gallego cuya denominación, Escuela Concepción Arenal, marcará, en alguna medida, a la futura pedagoga. En esa escuela se hablaba con frecuencia de las ideas humanistas de la eximia pensadora gallega. A los nueve años, en 1932, Antía “regresa” a los predios paternos, a Muras (Lugo).

Antía estudiará Magisterio y Comercio, carreras que finalizó, aunque sus inquietudes apuntaban a la Universidad, pero había que satisfacer el programa más práctico y elemental sugerido por su padre, aún en Cuba hasta 1946. Cumplidos estos dos objetivos académicos, el padre, lejos de oponerse, anima a Antía a que se matricule, en Santiago, en la Facultad de Filosofía y Letras, el gran deseo de ella. Era octubre de 1941. Fue Antía, en los cinco años de la carrera, una alumna sobresaliente, pero la Facultad era mala, pésima, de las peores de España en aquella época en la que falangismo y clericalismo estaban muy presentes en todas las instancias educativas. De aquella Facultad quizás se pueda salvar, por su erudición, no poca, un profesor de latín, plúmbeo, por otra parte, como docente. Un colega

de Antía (ilustre profesor de Geografía algunos años después), cuando, recién licenciado, se estrenó como profesor de letras en un colegio privado, lloró de tristeza y rabia al darse cuenta de que casi nada útil e interesante le habían enseñado en cinco años de carrera universitaria.

Antía, como tantas universitarias en facultades sin pluralismo intelectual, recibió y asimiló, acriticamente, muchos y diversos saberes, tantos y tales como para no levantar cabeza en mucho tiempo: cabeza crítica. Pero los dioses, que a veces propician encuentros fecundos, decretaron que Antía y Antón se encontrasen en una librería de Santiago muy concurrida por la estudiantina de la época. Era el 7 de marzo de 1944. Ella, alumna de tercer curso en la Facultad de Letras, es abordada por quien ya no es estudiante ni muy joven. Antón, ocho años mayor que ella, es médico desde septiembre de 1942, se está especializando en Oftalmología y ya ha publicado dos trabajos técnicos sobre la materia en una revista que se consulta en todo el mundo hispano. A partir de aquí, ya sin el concurso de los dioses, Antía y Antón se hacen los encontrados a la hora de los paseos rituales. No sabemos si se quieren, pero ninguno de ellos renuncia a la compañía del otro, síntoma de que algo muy serio empieza a unirlos. Mes y medio después, el 19 de abril de 1944, se hacen, formalmente, novios, con la significación casi jurídica que esta expresión tenía en los usos y costumbres de entonces. Las fechas, con precisión y sin vacilación, las consigna Antía en sus memorias sesenta y cuatro años después<sup>1</sup>. Antía, al elegir marido, renunciaba a unas imprecisas inclinaciones eclesiásticas, a un intenso afán de ejercer la docencia,

1. *Este camino que fixemos xuntos*. Vigo, Galaxia, 2006, p. 74.

como monja, en una orden religiosa. Antía, como no pocas universitarias de aquel tiempo tan clerical, era muy vulnerable a ciertas prédicas católicas.

La salvó Antón el día 7 de marzo de 1944, justo el día en que los dioses (en esta ocasión decididamente laicos, casi de izquierdas) decretaron el primer encuentro en una rúa compostelana. A partir de esta fecha, los paseos emocionados por la Plaza del Obradoiro y por la Alameda santiaguesa son cosa de ellos, sin que los dioses intervengan. Ha nacido el amor entre dos seres humanos. Pero Antón, más viejo y hasta un poco zorro, percibe, en Antía, su verdadera dimensión intelectual y su magnitud cultural, algunas veces desvirtuada por la hojarasca, aún sin petrificar, que el clericalismo ambiente y el falangismo universitario habían ido depositando en aquella joven condicionada, como tantas otras, por la Sección Femenina, la Acción Católica, las Misiones de los jesuitas a la luz de la noche, las lecturas prohibidas... Antón, que está enamorado y feliz, es, sin poder ni querer renunciar a ello, un ciudadano que fue educado en las Mocidades Galeguistas en el fascinante clima cultural de la II República. No pretendo insinuar que Antón, el enamorado y entusiasmado Antón, cortejase a Antía, en los primeros meses, con palabras de predicador cívico, pero todos sabemos que, cuando uno corteja horas y horas, afloran aquí y allí, aun sin salirse del género literario propio del cortejo, palabras, indicios y referencias en que uno se define no sólo como enamorado sino como ciudadano “de un tiempo y de un país”. Esto percibió Antía, sin duda de modo un tanto impreciso, en los primeros encuentros. Percibió en Antón su entusiasmo por la Ciencia, su “lectura” del pasado y del presente de Galicia y algunos de sus enunciados críticos ante la sociedad contemporánea. Era una música nueva, totalmente nueva, para Antía, que irá in-

teriorizando poco a poco. En esta música había notas que se referían a la cuestión de la justicia social, expresión de un cierto izquierdismo en Beiras, a la sazón ni comunista ni siquiera socialista. Pero Beiras, como buen pedagogo, camina lento y con muchas cautelas, incluso en un tema, para él, esencial: el uso interpersonal de la lengua gallega. En 1944, en el estamento social de Antía y Antón, definido por el señoritismo y la beocia, no era posible pasear por la Alameda conversando en gallego. Antón y Antía pasearon en castellano, durante años, rúas y plazas compostelanas. Antía, antes de la aparición de Antón en su vida, estaba ajena, como tantos y tantos escolares de aquel precario tiempo, a la lectura de libros gallegos. De los castellanos, uno la marcó varios años, pero sea ella misma quien nos lo cuente:

Caeu nas miñas mans *Las moradas*, de Santa Teresa, e engaioloume o espírito e o pulo daquela muller. [...] Así comecei a aproximarme ás Carmelitas, animada por unha compañeira da Universidade que tiña moita relación con elas e que logo profesaría na Orde, e que se apelidaba Lorenzana. Unha mañá visitei o convento de Santiago e fixenme amiga das monxas. Recibíronme moi ben. Invitáronme á clausura. Almorzaba ás veces con elas, ás seis da mañá. Sempre que podía, corría cara ó convento. Mamá tomou ben aqueles desexos pero aconselloume rematar a carreira primeiro, antes de tomar calquera outra decisión. Comprendín que tiña razón<sup>2</sup>.

2. *Op. cit.*, pp. 75-76.

Debemos aclarar que Antía era, a la sazón, una moza hermosa, de gran atractivo, belleza que, en parte, no ha perdido. Era, para bastantes compañeros de la Universidad, la mujer de sus sueños, también por su seriedad y por su prestigio como alumna de la Facultad. Muy profesional en el aula, fuera de ella era muy poco mundana, tan poco que dedicó una buena parte de sus horas extraescolares a la lectura de los místicos castellanos del XVI y a las visitas al ámbito austero de la Carmelitas compostelanas, lo que aconteció desde su llegada, en octubre de 1941, a la Universidad. A punto de finalizar el tercer curso en la Facultad, todo parecía indicar que la suerte estaba echada, pero, un día de ese curso, algo trunca sus inclinaciones. Fue como una epifanía, que ella misma cuenta, con emoción, casi setenta años después:

Non sei como sucedeu. Pero un día 7 de marzo de 1944, estaba eu mercando con outras dúas amigas unha tarxeta na librería González, na rúa do Vilar, cando se nos achegou un mozo lanzal, simpático, paroleiro: chamábase Antón Beiras. Máis adiante volverei sobre este capítulo tan decisivo na miña vida. Aínda eu non cumprira vinte e un anos. Aínda hoxe, sigo sen saber como foi que aquel rapaz se me fixo, de pronto, tan imprescindible.

De súpeto todo cambiou. Xa non corría tanto para xunto das monxas...<sup>3</sup>

Ya novios formales, desde el 19 de abril de 1944, viven separados, con la castidad imperante en aquel clima vital, pero trabajan juntos. Durante horas y horas Antía, no inexperta en mecanografía, copia la tesis doctoral de Antón, leída en Madrid

en el invierno de 1945: *Contribución al tratamiento quirúrgico de la obstrucción de las vías lagrimales*. Otras veces, en nombre del trabajo, deciden no verse durante un mes para que Antía prepare el final de la carrera. El resultado es conocido: Premio Extraordinario en Filosofía y Letras (sección de Geografía e Historia, la única existente en la Universidad de Santiago). A Antón y Antía, antes y después de su boda, los vamos a encontrar muchas veces juntos, incluso codo con codo. Es significativo que, cuando, en el año 2004, la editorial Galaxia solicita de Antía sus memorias, esta las titula *Este camiño que fixemos xuntos*.

### AMOR Y PEDAGOGÍA

Antía y Antón se casan en Muras, el 29 de junio de 1947, y, al año y medio (el 3 de febrero de 1949), nace el primer hijo, Hixinio, tiempo después médico muy responsable y, en la actualidad, nombre fundamental en la defensa de la sanidad pública. Tendrá el matrimonio tres hijos más: Antía (1951), Antón (1954) y Beatriz (1957). Será Hixinio, cuando tiene unos dos años, quien suscite un episodio que se resolvió merced al amor (de Antía a Antón) y a la pedagogía (la de Antón). Ese día, el pedagogo le hace ver a su mujer que llegó la hora de que en aquella casa, un feudo privado, el idioma familiar sea el gallego, el idioma que, en la aldea, Antía hablaba con los suyos pero que tardó en utilizar con Antón, que, todo hay que decirlo, cortejó durante tres años a Antía en la lengua de los señores y de los señoritos. Ya dueños de un espacio íntimo, el de la nueva familia, Antón apela a sus deberes de galleguista y a una mínima coherencia, en un tiempo (1951) en que nadie, absolutamente nadie

3. *Op. cit.*, p. 73.

de estatus cultural elevado, utilizaba en la ciudad, como idioma doméstico, el gallego, ni siquiera los viejos y fieles galleguistas (Ricardo Carballo Calero, Francisco Fernández del Riego, Marino Dónega...). Yo aún recuerdo lo extraño o lo desconcertante que era, para tirios y troyanos, en el Vigo de 1961 ó 1962, que Antón, Antía y sus cuatro hijos utilizasen la lengua gallega, entre ellos, en un autobús, en un café o en una fiesta de amigos. No acontecía tal, desde hacía siglos, en Galicia. El precursor o pionero tiene nombre y apellidos y así consta ya en algunos trabajos de Sociolingüística y de Historia social del idioma gallego: Antón Beiras García. El pedagogo convenció, en primer lugar, a quien recibía el mensaje, Antía, instalada en el amor y no ajena a la pedagogía.

Son las fechas (1951) en que acaba de fundarse, en Vigo, Galaxia, la editorial que estableció la continuidad de la cultura gallega y que, de algún modo, la reinventó. A esa empresa aportó Antón entusiasmo, bastantes horas de colaboración y unas cuantas pesetas, muchas, si tenemos en cuenta la precariedad de aquel tiempo, y que los ingresos del doctor Beiras eran modestos. El contacto con Galaxia (con el proyecto políticocultural y con los hombres que lo protagonizaban) le abrió a Antía un horizonte impensable cuando ella era la mejor alumna de la Facultad de Letras, si bien en una universidad viciada por el espíritu falangista y catolicoide. Que se sepa, Antía era la única mujer, en los primeros años de Galaxia, con algún tipo de presencia en su actividad no oficial.

En 1950 la familia Beiras Cal abandona Santiago porque el oftalmólogo prefiere Vigo, ciudad donde instala su clínica de oculista en una calle muy céntrica (Policarpo Sanz, 22, 1º). Por ella pasaron docenas y docenas de clientes a los que nunca cobró: galleguistas, desafectos al Régimen, personas de muy

exigua economía... Allí recibía el doctor Beiras, vital, generoso y atento, a veces canturreando una canción tradicional. Dos iconos presidían su consulta: una fotografía de gran tamaño del eminente médico gallego Roberto Nóvoa Santos y una estatuilla conmovedora de Alfonso Daniel Rodríguez Castelao, que acababa de morir en el exilio. Antón Beiras siempre ejercía de pedagogo.

Antes de 1955, el doctor Beiras, además de atender la clínica *pro pane lucrando*, ya está de lleno en la investigación estrabológica. Antía, madre de tres hijos todavía muy pequeños, no sólo los educa sino que está interesada a fondo por la educación, en general, y por la de los niños, en particular. Por estas fechas, estimulada y ayudada siempre por el pedagogo de su marido, escribe un tratado de 522 folios titulado *Enciclopedia pró neno gallego*, insólito trabajo en la bibliografía gallega. Está Beiras tan presente en este grosísimo volumen que el extenso capítulo final dedicado a la Higiene es obra de él. El libro, inédito aún, fue premiado por el Lar Gallego de Caracas en 1958.

En 1955, en amor y compañía, el matrimonio viaja a Francia, Alemania y Suiza para asomarse, de algún modo, a algunos centros de investigación médica. El firme compromiso del doctor Beiras con la Estrabología impone esta *peregrinatio* por tres países europeos avanzados. En Francia, en Avignon, capital europea del teatro, asisten a una representación teatral protagonizada por María Casares, ya entonces una actriz consagrada en la escena francesa. Antón le aclararía a Antía que era una exiliada gallega, hija de Santiago Casares Quiroga, Presidente del Gobierno de España cuando "Atila" (como diría Castelao), en el verano del 36, se alzó contra la legalidad republicana. Ya en Suiza, concretamente en Ginebra, Antía, que aún no se ha liberado totalmente de las "enseñanzas" compostelanas, se



Antón Beiras, en julio de 1967. A la derecha, foto de Nóvoa Santos; a la izquierda, en la parte superior, la figura de Castelao

emociona ante un monumento dedicado a la jornada laboral de ocho horas, una conquista —tuvo que pensar Antón— que costó a la clase obrera decenios de lucha y sufrimientos.

Fue en Ginebra donde Antía se enteró de que el ayuntamiento de la ciudad acababa de adquirir el legado documental de un gran pedagogo suizo, Pestalozzi (1746-1827), nombre que no le era ajeno. Mientras Antón visitaba las instituciones sanitarias, ella se dirigió al Museo de Pedagogía<sup>4</sup> donde llegó a hablar horas y horas con el responsable de la catalogación de los papeles y escritos del ilustre pedagogo. Antía, en sus memorias, reconoce que fueron “unas horas que cambiaron a miña vida, e a de toda a miña familia” (p. 90). Pestalozzi, que fue visitado con devoción, a principios del XIX, por Mme. De Staël, era visitado, ciento cincuenta años después, por una mujer gallega que quedó marcada, pedagógicamente, por ese encuentro *post mortem*.

### EL COLEGIO “ROSALÍA DE CASTRO”, 1961

Antía, que no ha dejado de estudiar mientras fue, fundamentalmente, ama de casa, después de la experiencia suiza, complementada en París con una discípula del profesor ginebrino, decide realizarse en la enseñanza, estimulada siempre por su marido, en esto, también, eficiente pedagogo. Nace, en 1961, el colegio Rosalía de Castro, cuyo nombre fue idea de Antón, muy celebrada por Antía. El centro dirigido por Antía acertó de lleno al ofrecer la enseñanza del inglés (y también en inglés),

4. Antón Costa Rico, en las páginas dedicadas a Antía Cal, no se refiere al Museo de Pedagogía sino a la Oficina Internacional de Educación (v. *Historia da educación e da cultura en Galicia*. Vigo, Xerais, p. 1078).

lo que atrajo a no pocos hijos de la burguesía viguesa que se consideraba “moderna”. Años después, ya instalado el colegio en la Gran Vía, con edificio propio, en el que se impartían cursos de Bachillerato, esa burguesía siguió enviando a sus hijos al “Rosalía”, unos a pesar de que el colegio ofrecía otras cosas, y otros porque ofrecía lo que el Ministerio sólo toleraba. Recuérdese que, años antes de la muerte de Franco, en este colegio las aulas se titulaban con nombres como estos: Bertrand Russell, Castela, María Montessori, Alexandre Bóveda, Esposos Curie, Mariñeiros, Labregos, Irmandiños...

Por las noches, aunque el doctor Beiras llega cansado a casa después de muchas horas de consulta e investigación, departe con Antía sobre cuestiones escolares, y es en esas conversaciones, de amor y pedagogía, cuando el galleguista, ya muy izquierdista, sugiere, para las nuevas aulas, nombres como “Irmandiños”, “Labregos” o “Alexandre Bóveda”. Los alumnos, hijos de señoritos de la ciudad, percibían claramente que vivían en un espacio donde comían el pan trabajado por los “labregos” o los peces capturados por los “mariñeiros”; también percibían que vivían en un mundo donde la no mucha justicia existente se debía a revueltas populares como las protagonizadas en Galicia por los “irmandiños” del siglo XV. En la *Historia da educación e da cultura en Galicia*, su autor, el profesor Antón Costa Rico, le dedica dos páginas encomiásticas al “Rosalía”, en una de las cuales resume un artículo de Manuel Bragado para quien el colegio de Antía “foi unha illa de liberdade, que proxectou galeguización cultural e renovación pedagóxica”<sup>5</sup>, siempre —añado yo— dentro de las coordenadas, tan severas, del Ministerio de Educación franquista. En cuanto al idioma gallego, prohibido, por ley, como idioma vehicular y de estudio, debemos aclarar que estaba presente de forma no anecdótica ni pintoresca: en

los pasillos, en los recreos y en las excursiones era la lengua en la que se comunicaban, “con naturalidad”, Antía (Tita), sus dos cuñadas, Juana (Ita) y Margarita, profesoras muy eficaces del centro, y los hijos de estas tres docentes. Del hecho, insólito para entonces, toman buena nota los alumnos y sus padres, burgueses, poco proclives al idioma de “labregos” y “mariñeiros”, denominación, no apolítica, de sendas aulas de un colegio llamado Rosalía de Castro, nombre no exento, en este caso, de connotaciones políticas. No era poco para la época, como era mucho denominar otras aulas con nombres un poco temerarios, especialmente el de Alexandre Bóveda. Cuando algún alumno, padre o tutor preguntaba por qué aquel rótulo, no era fácil eludir la circunstancia de que aquel ciudadano había sido fusilado en 1936.

### EL GALLEGUISTA ANTÓN BEIRAS

Antón vivió el galleguismo de la II República, el de las Mocedades Galeguistas, tronzado brutalmente en el verano de 1936. En Antón era una especie de fuego sagrado que no apagó la victoria de Franco ni la consolidación de su Régimen, a partir de 1947, cuando las democracias occidentales, descarada o vergonzantemente, lo defendían y apoyaban; también contaba con las bendiciones del Vaticano, pese a definirse Franco, “Caudillo de España por la Gracia de Dios”, con definiciones blasfemas. En situación tan adversa, Antón no renuncia a hacer proselitismo en sus ámbitos privados. Siempre que puede emite signos galleguistas, lo que hizo, por persona interpuesta, de un modo muy eficaz, en el colegio Rosalía de Castro.

5. *Op. cit.*, p. 1079.

En la historia de la cultura gallega, el doctor Beiras protagoniza, en el año 1958, un episodio bibliográfico que no tenía, entre nosotros, precedentes: publica en lengua gallega un trabajo médico muy técnico y muy extenso. Titulado “Ensaio para mellorar os resultados terapéuticos no estrabismo”, se publicó en el número 4 de *Referatas*, revista de la Academia Médico-Quirúrgica Provincial (Pontevedra). La Medicina hablaba por primera vez en gallego en una publicación científica. Contiene el trabajo, con dibujos muy didácticos, un prefacio en el que el autor, después de elogiar el cultivo del gallego en los ámbitos literarios, señala que también posee “aptitud” para la expresión de los temas científicos. En la Galicia médica —y no médica— de 1958 tuvo que causar estupor.

Antón Beiras pronto se convirtió, para los vigueses atentos, en el galleguista más “enxebre”, en el galleguista más notorio. Esta imagen se la ganó a pulso. El hecho de hablar en gallego en situaciones en que otros galleguistas no lo hacían, contribuyó a ello, y más aún que fuese el gallego el idioma familiar en un momento en que significados galleguistas no practicaban el esfuerzo social de asumir, como idioma del hogar, de sus hogares, el gallego. Gustase o no gustase, tirios y troyanos tenían que reconocer que era un galleguista coherente.

Ya aquí, debo contar una anécdota muy significativa. El 20 de diciembre de 1963, Antía y Antón (era domingo) viajaron a Lugo para visitar, en el Círculo de las Artes, la exposición bibliográfica “Cen anos de literatura galega”, que yo diseñé y que montamos Epifanio Ramos de Castro, catedrático de Francés, y yo. Era el homenaje, cien años después, a *Cantares gallegos*, el primer libro en lengua gallega de Rosalía de Castro. Antía y Antón se emocionaron al contemplar en decenas de vitrinas lo esencial de la producción literaria en gallego en los cien años

que cumplía la literatura gallega moderna. En la muestra figuraban, adecuadamente situados, dos trabajos pioneros: el artículo de Antón Beiras sobre el estrabismo y la inédita *Enciclopedia pró neno galego*, de Antía Cal, ambos de 1958.

Se emocionaron tanto que, al terminar de comer, me hicieron un regalo, un extraordinario obsequio: el manuscrito autógrafa de la carta enviada a Manuel Gómez Román, Secretario General del Partido Galeguista, por Víctor Casas horas antes de ser fusilado (Cárcel de Pontevedra, 2-XI-1936). No tardamos Isaac Díaz Pardo y yo en publicarla en un libro clandestino: *Galicia hoy*, París-Buenos Aires, 1966<sup>6</sup>. ¿Cómo había llegado documento tan valioso a manos de Antón Beiras? Fallecido en Vigo Manuel Gómez Román, arquitecto muy prestigioso, un delineante de su estudio profesional, Alfonso Gil, al organizar los papeles de don Manuel, se encontró con la carta, texto que le pareció tan importante que no tardó en asignarle un destinatario digno del documento. No teniendo don Manuel hijos ni familiares muy afines, pensó en un galleguista de la ciudad donde algunos ya eran conocidos por su obra literaria (Fernández del Riego) o por sus estudios económicos (Valentín Paz Andrade). El delineante, que, sin duda, no desestimaba estos nombres, eligió a un hombre de menos proyección intelectual pero que le parecía más identificado con el perfil de quien había sido Secretario General del Partido Galleguista. En Vigo, en 1963, el Galleguista, para muchos espíritus atentos, era Antón Beiras, “o único

6. Editado por Ruedo Ibérico (París), se imprimió en Buenos Aires, impresión que estuvo a cargo de Luis Seoane, editor literario, con Díaz Pardo, del volumen (ambos, con seudónimo). Hay edición facsimilar de este volumen, con prólogo mío, por Edición do Castro, 2008. En el prólogo cuento la historia externa de la carta de Víctor Casas.



persoeiro que conversa cos seus, na casa, sempre en galego”. De lo que se trataba es de que la dramática carta de Víctor Casas ingresase en la Historia, lo que propiciamos Díaz Pardo y yo en la primera ocasión favorable.

### EL CIUDADANO GALLEGO ANTÓN BEIRAS ESCRIBE A RAMÓN OTERO PEDRAYO

Este epistolario, con quien, en los primeros lustros de la posguerra, simbolizaba el galleguismo, es otra faceta de la galleguidad de Antón Beiras. Voy a referirme a cuatro cartas que le escribió Antón al Patriarca de las Letras Gallegas entre 1948 y 1962.

#### I. 8 DE OUTUBRO DE 1948

Meu admirado e benquerido amigo:

Son eu quen ten que agradecer a Vde. tivera a atención de contestar ao meu cativo telegrama con tan afeituosa carta, pois dende agora, sin agardalo, teño a fonda ledicia de dispor de un mañífico documento autógrafo da persoalidade máis representativa da nosa cultura, que camiña dereito a ocupar tamén un dos primeiros postos na nosa historia, que supoño que formarán algo así como un novo Pórtico da Groria, mais de persoas que tiveron ou teñen vida e no que todos sabemos que nes han de estaren debaixo das basas.

O de vostede é un gran éxito, unha batalla na que trunfa a bondade, a honorabilidad e a forza espritoal que da o saberse na posesión d'aquelas e no dereito contra as forzas... das basas a que me refiro máis arriba.

Todo hace suponer que este canto a la honorabilidad y a la fuerza espiritual de don Ramón contra ciertas fuerzas que no califica, se debe al hecho de que el profesor Otero Pedrayo acaba de ser repuesto en su cátedra de Geografía e Historia del instituto de Ourense, cátedra de la que había estado suspendido de empleo y sueldo durante once años (desde agosto de 1937).

El hecho, a Beiras, lo entusiasma. A continuación le manifiesta su contrariedad por algo también relacionado con la enseñanza:



Ramón Otero Pedrayo, ca. 1960

Sinto moito as noticias que me da sobre a cátedra da universidade. Eu xa tiña casi feito o proieito de uns días de folganza, fechar a consulta e irme de romaxe a Santiago para podelo ouvir e recrearme na súa música.

No se cumplieron las previsiones de don Ramón, quien, no mucho después, a comienzos de 1950, opositó, en Madrid, con éxito, a la cátedra de Geografía de la Universidad de Compostela (yo tuve más suerte que Antón: asistí a uno de los ejercicios de la oposición, la lección magistral sobre los Alpes).

En cualquier caso, la carta, en estos dos párrafos, no sólo expresa la admiración que Beiras siente por la figura intelectual y moral de Ramón Otero Pedrayo sino la percepción de que su personalidad es fundamental, especialmente en aquellos precarios tiempos, para la causa galleguista.

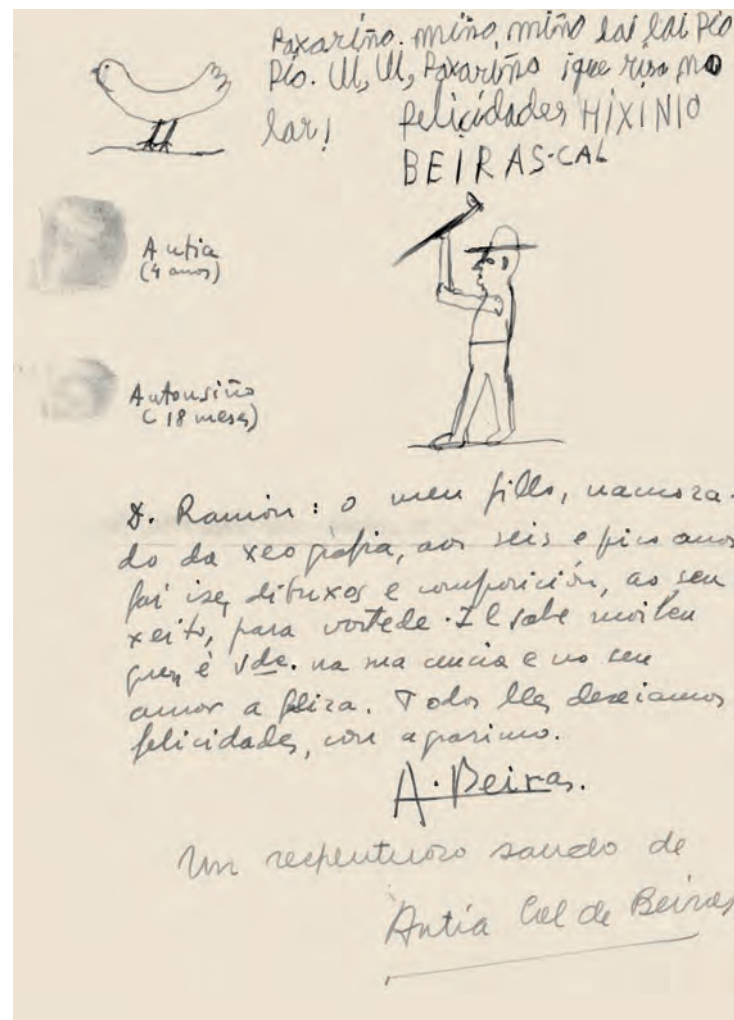
## II. DICIEMBRE DE 1956

La carta es un mensaje de toda la familia: unas letras de Antón, una postdata de la esposa y la firma, con el dedo, de Antía (4 años) y Antonsiño (18 meses). Pero hay más; el primogénito, Hixinio, de seis años, le envía dos dibujos, uno de ellos con esta leyenda:

Paxariño, miño, miño... Paxariño ¡que ris no lar!

Felicidades.

A continuación el padre se ve en la obligación de aclararle:



Fragmento de la carta de la familia Beiras Cal dirigida a Otero Pedrayo, diciembre de 1956

D. Ramón: o meu fillo, namorado da xeografía, aos seis e pico anos, fai ises dibuxos e composicións, ao seu xeito, para vostede. Il sabe moi ben quen é vde. na súa ciencia e no seu amor a Galiza. Todos lles deseiamos felicidades, con agarimo.

La familia Beiras Cal es una familia que se siente dentro del hogar galleguista y que escribe, en vísperas de Nochebuena, al Patriarca del Lar. No sé de ninguna otra familia que, en 1956, se sintiese y expresase así.

### III. 7 DE MARZO DE 1958

El 5 de marzo de ese año don Ramón, que cumplía setenta años, explicó su última clase en la Universidad de Santiago. Era el día de su jubilación administrativa. La lección, que fue una conmovedora pieza oratoria, no se impartió en el aula habitual sino en el Paraninfo de la institución, que estaba repleto de alumnos y de muchas otras personas, yo entre ellas (asistí, como muchos otros, de pie).

Don Ramón era catedrático de Geografía en la Facultad de Filosofía y Letras desde 1950, y durante esos ocho años, por imperativo de la ley, utilizaba en sus explicaciones, sistemáticamente, el castellano (*Dura lex*). Recuerdo con precisión el momento, de aquella mañana del 5 de marzo de 1958, en que el orador, tras los saludos protocolarios a las autoridades (en él siempre muy corteses), anunció: “Hoxe vou falar na lingua de Pondal e Rosalía”. No recuerdo si el anuncio originó un aplauso estruendoso o lo estruendoso fue el silencio, tenso y expectante, que suscitó la inesperada maravilla. Fue un día histórico (dicho sea sin concesiones a la retórica). Un año antes, a un modesto catedrático de la Escuela de Magisterio, Xesús



Acto de licenciatura de Antía Cal, 1945

Alonso Montero, el decano de la Facultad de Letras le había prohibido utilizar el gallego, en la misma tribuna, con ocasión de la entrega de los premios de las Fiestas Minervales, premios convocados y organizados por el SEU, el sindicato estudiantil franquista. Precisamente los organizadores del acto expusieron al decano, horas antes, la conveniencia de que el mantenedor del mismo disertase en gallego, a lo que se opuso rotundamente. Este decano, catedrático de Latín, Abelardo Moralejo Laso, era quien, por razones de su cargo, presidía el acto en que Ramón

Otero Pedrayo explicou su última lección universitaria. Yo, que no estaba lejos de él, soy testigo del estupor del decano. Aun oigo, medio siglo después, la ovación final de aquella oración académica en un idioma ausente de las tribunas universitarias desde hacía veintidós años.

Todo esto lo sabía el viejo galleguista Antón Beiras, quien, dos días después del magno acontecimiento, le envía a don Ramón esta elocuente carta.

7-Marzal 58

Querido don Ramón:

Felicítolle con entusiasmo pol'a sua decisión de falar en galego en día de tanta sona en Galicia. A mocidade non poderá esquecer que don Ramón non é un vello, nin deixará o seu posto reitor do espírito de Galicia mentras o noso pobo, que val moito mais que as universidades centralistas, non lle deixe dimitir. Vostede era caeirádego de Galicia denantes de entrar na Universidade e ao sair dela demostra que vai a seguir séndoo. Eu, si a miña voz valera, animaría a que fale sempre en galego publicamente. A vostede non poden facelo calar facilmente. É moi grande a sua autoridá. Galicia está a diario pendente do que Vde. escribe e fala e o feito de facelo en galego renova as esperanzas de todos e da forzas aos endebles para seguir loitando por unha idea tan noble e xusta como a nosa.

Pense nos labregos e nas crases populares todas sabendo a sua fala no Paraninfo da Universidá na boca do maor Petrucio noso. As veces no meu traballo dicenme. "Vostedes sí que fan por Galicia porque sendo xente de

*estudos* danlle merito á nosa fala, porque a nós ninguén nos da creto" (e mal saben eles que son os verdadeiros maestros da fala e do sentir galego) Mais si iso dicen de calquera de nós, pouco menos que anónimo, que dirán oxe do primeiro galego contemporán? Sentirán como si iles mesmos, sin deixar a ferramenta de traballo, se tiveran sentado alí a dar a sua leición. Galicia estivo alí, con vostede, toda enteira.

Ao falar en galego facemos política galega (no senso mais nobre) e demostrámoslle "a quien corresponda" que non basta a forza para esmagar a un pobo que conta con dirixentes bariles.

¡¡Vivan os mozos de 70 anos!!

Beiras

Mandolle unha aperta na que participa a miña dona, que así mo acaba de encargare.

La carta revela la emoción con que Antón Beiras acogió el insólito hecho cuya importancia simbólica no sólo no se le escapa sino que la define con inteligencia. Pero Beiras, galleguista interesado por las clases humildes del país, arrima el ascua "demótica" a su sardina filológica: percátese, señor Otero Pedrayo, en lo que pensarán "os labregos e as crases populares sabendo a súa fala no Paraninfo da universidá na boca do maor Petrucio noso". A continuación, el doctor Beiras, tan "demótico" siempre, hace unas declaraciones no ajenas a la Sociolingüística que entonces nadie formulaba. En la postdata, le envía, con su abrazo, el de su mujer, Antía, ambos siempre en amor y compañía.

#### IV. 12 DE ABRIL DE 1962

Don Ramón acaba de ser galardonado con el Premio Galicia, un premio instituido para reconocer la obra total de un intelectual gallego<sup>7</sup>. Fue muy disputado, pues los miembros del jurado menos desafectos al régimen de Franco apoyaban con fuerza a otro candidato, Vicente Risco, a quien buena parte del galleguismo consideraba un “traidor”, un “renegado”, un “franquista”... A Beiras, el premio le produce una alegría especial. Esta es la carta:

12-4-62

D. Ramón Otero Pedrayo  
Trasalba-Ourense

Querido don Ramón: Alégrome moito de que lle desen o premio por tanto traballo feito. Algún día virán os Novos Tempos para o mundo e para Galicia e entón cada galego terá tamén un premio por tantos anos aguantando as contrariedades. Eu, que non son casi nada, quixera que as cabezas mais esgrevias de Galicia se sentiran cada vez mais identificadas cós problemas diarios da vida dos homes e mulleres e dos nenos da nosa Terra. Vde. aínda pode facer moito.

Reciba o afecto e admiración do seu amigo

Beiras

A miña muller tamén lle manda moitas felicidades

A. B.

De nuevo, al final de la misiva, emerge el izquierdismo de Beiras al referirse a los “problema diarios da vida dos homes e mulleres e dos nenos da nosa Terra”, y de nuevo, en la postdata, Antía se une a Antón en la enhorabuena.

Supongo que existen otras cartas de Antón Beiras a don Ramón, pero yo sólo conozco estas cuatro. Conozco, sí, otra, que, con otro destinatario, insiste en las mismas preocupaciones. Es una carta enviada a la Real Academia Gallega el 25 de octubre de 1952, un tiempo tan mísero que la editorial Galaxia aún no había publicado media docena de libros. En ella Antón Beiras insta a la vieja institución académica para “llevar o galego ós centros docentes”<sup>8</sup>. Supongo que la Academia ni contestó. Firmaba la propuesta, con Antón, Antía, es decir, “Este camiño que fixemos xuntos”.

#### EL CIUDADANO ANTÓN BEIRAS, GALLEGUISTA DE IZQUIERDAS, ¿ERA COMUNISTA?

Antes de 1955, dentro del grupo vigués de la editorial Galaxia, con el que colaboraba activamente, circulaba la especie de que Beiras era “comunista”, adjetivo que entonces se aplicaba a cualquiera que tuviese algún interés por paliar las escandalosas desigualdades sociales. “Comunista”, en estos casos, era el término corriente entre policías, falangistas, señoritos de casa bien y damas de Acción Católica, es decir, el término grato a los afectos al Régimen para definir y perjudicar

7. Este Premio Galicia, con buena dotación económica, fue convocado, de hecho, por la Fundación Juan March, un nombre que no siempre despertaba simpatías entre los antifranquistas.

8. Vid. mi artículo “Beiras. Un cincuentenario”, *La Voz de Galicia*, 30-I-2002.

(el Régimen era el de Franco). Lo triste es que muchos antifranquistas, de ideas muy anticomunistas (a lo que tenían derecho), usaban el mismo dicitio para referirse a personas no muy conservadoras en materia social. Eran, en esta campaña, eficaces colaboradores de Franco. Alguna vez tildaban de comunista a quien lo era, pero esto muy pocas veces porque entonces (1954, 1955...) eran muy pocos, poquísimos, los comunistas. Aun en este caso, en el que no había impropiedad gramatical, era una canallada, grande y especial si daba pistas a la policía.

Cuenta Antía Cal en sus memorias que cierto día alguien muy significado de la editorial Galaxia solicitó de ella, con carácter confidencial, una entrevista, a la que ella accedió no sin preocupación. En la entrevista el solicitante (de cuyo nombre Antía prefiere no acordarse) le comunicó que “Antón andaba en tratos con xentes indesexables, enténdase comunistas”<sup>9</sup>. No precisa el año. Yo puedo aportar que tuvo que ser después de 1963, pues a comienzos de 1964, según testimonio muy pensado de Carlos Núñez, a la sazón uno de los dirigentes máximos del Partido Comunista en Galicia, se constituyó en Vigo, precisamente en la clínica del doctor Beiras (Policarpo Sanz, 22, 1º izqda.), el Comité Intelectual del Partido (de la comarca de Vigo). Asistieron a la reunión constituyente, ante el responsable del Partido, Carlos Núñez, cuatro personas: Antón Beiras (médico), Celso Emilio Ferreiro (poeta), Fernando Alonso Amat (inspector de Hacienda) y alguien que el informante no recuerda (¿Alexandre Cribeiro?)<sup>10</sup>. Estamos ahora en un tiempo en que ciertas personas niegan su pasado comunista (o reniegan de él), como si de una peste se tratase. Es cierto que desde 1917 (Revolución de Octubre), en las organizaciones comunistas, se cometieron errores y horrores (piénsese, como

mínimo, en la época estalinista), pero hay organizaciones destructoras del comunismo, como la Iglesia Católica, que aún no han entonado su *mea culpa* por la Inquisición (una de las monstruosidades de la Historia) o por los gritos de los obispos franquistas jaleando la pena de muerte o imponiendo la misa en las inhumanas prisiones de aquel Régimen a los reclusos no creyentes, prisiones especialmente inhumanas por esta obligación eclesiástica, impuesta, en ocasiones, por capellanes que enarbolaban la cruz de Cristo como si de “un crucifijo del nueve largo” se tratase. La Iglesia Católica aún no celebró su XX Congreso, aquel en que el Partido Comunista de la Unión Soviética denunció, por boca de Kruschev, en 1956, los errores y los horrores de Stalin.

Todo esto sabía, sin duda, el doctor Beiras, quien, en 1960, no era más que un antifranquista de izquierdas convencido de que la única organización que luchaba en España contra la dictadura era el Partido Comunista. Fueron muchos los antifranquistas de izquierdas que se adhirieron, de muy diversos modos, al Partido Comunista de España, conociesen o no sus sombras, y lo hicieron porque el Comunismo, como música moral, era —y es— una música moral cautivante. Que Antón Beiras perteneciese al Partido Comunista no es un baldón en su biografía, queridísima Tita, es un timbre de gloria. A mí, si alguien me llama comunista, siempre lo considero un piropo que espero merecer cuando sea mayor. ¡Hay algo más grande, más lejos de egoísmos y codicias,

9. *Op. cit.*, p. 80.

10. *Vid.* mi libro *Intelectuais marxistas e militantes comunistas en Galicia (1926-2006)*. Vigo, Xerais, 2007, p. 333.

que estar comprometido, *en la comunidad*, con el *hombre común*, el hombre sin privilegios y tantas veces sin derechos!

El Partido, a partir de 1963, consideraba a Antón un hombre de la casa. Me consta que, desde mucho antes, este ciudadano de nuestra casa, estaba en nuestra causa. Algunos de los textos ofrecidos en este Epílogo prueban claramente que su galleguismo tenía, entre 1950 y 1960, un acento popular inexistente en todos sus compañeros de Galaxia, tan preocupados por la salvación del alma del doctor Beiras.

El padre Seixas, un hombre de bien que no era comunista (nadie es perfecto), leyó una homilía el 3 de abril de 1968, en las exequias de Antón Beiras, en la que hizo esta afirmación:

Amaba o idioma galego non só por ser o seu, senón por ser a lingua habitual do pobo traballador, do pobo labrego, do pobo mariñeiro.

Algún día, los biógrafos de Antón Beiras consignarán su marxismo como algo normal en su biografía de demócrata y profesional de la Ciencia; incluso habrá biógrafos que encuentren lógico que fuese Beiras, en 1950, el primer galleguista que implantase, como idioma “oficial” de su casa, el gallego, que era el idioma oral del pueblo. Algunos dirán que fue el marxismo quien matizó y enriqueció su galleguismo. Tengo la sospecha de que una personalidad tan rica suscitará monografías biográficas en las que algún autor se pregunte si el doctor Beiras, el científico Antón Beiras, enterrado católicamente (eran los tiempos de Franco y Eijo Garay), era creyente. Si lo era (yo no lo sé), tendría, sin duda, opiniones democráticas sobre el laicismo. Nacido, criado y educado en la tradición católica, no fue un baldón ser creyente (si lo fue), como no es un baldón, y sí

un timbre de gloria, haber pertenecido al Partido Comunista. Fue una elección en una sociedad hostil y ante una policía que intimidaba y torturaba, torturaba entonces y torturaba, sádicamente, aún en 1974, tal como Antía Cal cuenta al referirse a su hijo Antón:

[...] e tampouco me pasaba polo caletre a idea de que o meu fillo puidese ser torturado. Iso sucedíalles a “outros”. Colleume a soberbia, abofé. Durante 72 horas estiveron mallando nel. Cando puiden pasar a velo, estaba deitado no chan coas mans feitas un escarnio e non daba conta de si, malpocado (p. 198).

Así era aquel régimen, tan católico, Tita, al que tu Antón, nuestro Antón, el gran Antón Beiras, trataba de cuestionar desde la música moral de la única izquierda importante que había en Galicia. Esa izquierda es la que se movilizó, después del fallecimiento de Antón, para que la investigación iniciada por él no se interrumpiese. Si se leen los nombres de las 34 personas que constituyeron, en julio de 1968, la Asociación para la Investigación Estrabológica, Instituto Beiras, no es difícil percatarse de que, entre ellos, algunos eran de “compañeros” de Antón. Yo recuerdo muy bien la actividad de Fernando Alonso Amat, uno de los firmantes, en la organización de la I Exposición de Artistas Gallegos (Círculo Mercantil de Vigo, 1969), exposición en la que intervinieron ochenta y cuatro artistas (entre pintores y escultores) con ciento ochenta y tres obras presentadas de las cuales se vendieron sesenta y una. En el presente libro se precisa que el Instituto Beiras percibió el cincuenta por ciento de las ventas, es decir, 271.925 pesetas. De esta muestra informa con detalle *Nova Galicia* (París, número 12, 1969), revista clandestina del Partido



Homenaje en la Escuela Rosa Sensat, con Marta Mata y P. Benejam

Comunista. En números anteriores se dedican algunas páginas a los trabajos y los días “del ilustre oftalmólogo”, al que los redactores de la revista consideraban de la casa.

En la biografía del vigoscopio, tan bien contada por Alejandro Otero, hay episodios muy poco conocidos, uno de los cuales no se debe omitir. Fallecido el doctor Beiras, uno de sus viejos amigos conectó con Luis Reguera López, lugués, a la sa-

zón cumpliendo el servicio militar, como marinero, en Ferrol. Como estaba a punto de finalizar la carrera en la Facultad de Física de la Universidad de Barcelona (ciudad en la que, hoy, es profesor), entendíamos que podría colaborar en algunas de las tareas del vigoscopio, y así lo entendió, también, Martín Caloto, quien resolvió las cuestiones burocráticas pertinentes para que el marinero Luis Reguera fuese destinado a Vigo, a la ETEA.



Efectuado el traslado y apenas iniciada la colaboración, el marinerero Luis Reguera fue destinado, de nuevo, a Ferrol, y sustraído, por tanto, al equipo del vigoscopio. ¿Qué había acontecido? El hermano de Luis Reguera, Arturo, estudiante de económicas y marinerero en Ferrol, acababa de ser detenido por la Brigada Político Social, circunstancia que hizo pensar a los mandos de la Marina que el hermano de un rojo, de un comunista, no debería tener ninguna vinculación con la ETEA, un organismo muy delicado del Ejército, que entonces era la columna vertebral de la patria.

#### DE LA POLIFACECIA DE ANTÓN BEIRAS

En 1967, poco antes de fallecer, Antón puso en manos de Antía una carta, en catalán, llegada a la editorial Galaxia en la que se invitaba a todos los enseñantes, con inquietudes pedagógicas renovadoras, a asistir a unos cursos, en el verano, en Barcelona. Eran los famosos cursos de la Escola d'Estiu organizados por la Asociación de maestros Rosa Sensat, una de cuyas cabezas rectoras era Marta Mata i Garriga. Antón fallece el 1 de abril de 1968, y, en el verano de 1969, Antía con sus cuñadas, las profesoras del “Rosalía” Juana Atán y Margarita Conde, asisten por primera vez a la “escola d'estiu”. Regresamos deslumbrados (yo también). En las memorias Antía reconoce el acierto de Antón cuando, en 1967, la animó, la “empujó” a ponerse en contacto con los pedagogos catalanes. Esos contactos fueron el germen y la inspiración de tantas “Escolas de verán” organizadas por Antía y que Antón Beiras ya no presencié. Antón, el pedagogo, seguía ganando batallas después de muerto.

Antón era tan auténtico en todo lo que hacía que, aun personas poco afines a sus ideas políticas, se sumaban a su tra-

bajo con entusiasmo. Incluso logró que Ángel Martín Caloto, teniente de navío de la Armada española y muy franquista, colaborase con él en la construcción del vigoscopio. En este libro se cuenta cómo Caloto, formado en los Estados Unidos y gran especialista en Electrónica, colaboró con eficiencia en el invento del doctor Beiras, poniendo a su disposición instalaciones idóneas en la ETEA (Escuela de Transmisiones y Electricidad de la Armada, Vigo).

En la ETEA, en 1963, pusieron a su servicio a un marinerero inteligente con excelentes conocimientos (como autodidacta) de Electrónica: a Alejandro Otero Davila, quien en muy poco tiempo quedó fascinado por la personalidad humana y científica del doctor Beiras. Alejandro Otero acompañará a don Antonio (“entonces aún no se decía Antón”) para mostrar el vigoscopio en Madrid, en Palma de Mallorca, en París... Pasados muchos años, en el 2002, Alejandro Otero y sus compañeros de promoción celebran un encuentro en la ETEA y se produce, como él afirma, “el milagro”. Dicho en términos más laicos, cuando Alejandro visita el espacio donde tantas veces ayudó a aquel genio que era Antonio Beiras, rememoró la valía, los esfuerzos y la filantropía de aquel investigador, momento en que decidió dedicar las horas necesarias (sé que fueron muchas) para recuperar el vigoscopio y contar su biografía, que la tiene, y es la biografía también de un heroico investigador gallego. A veces, creo que los dioses no sólo existen sino que son propicios. Sin este documentadísimo y entrañable libro de Alejandro Otero quizás la vida y “milagros” del doctor Antón Beiras se desvanecerían en la ignorancia y en el silencio. Mi gratitud a Alejandro Otero, a quien conocí hace menos de dos años, es infinita: mi gratitud por Antón Beiras, cuya obra no merecía el olvido.

Antón, que, como se ve, alguna vez gana batallas *post mortem*, no siempre, en vida, contagió su entusiasmo a todos. No entusiasmó, por ejemplo, al alcalde de Vigo Rafael Portanet, muy franquista. En las páginas del presente libro se perciben las reticencias de este jerarca a la hora de ayudar económicamente, en su investigación, al doctor Beiras. Felizmente, acababa de incorporarse a la dirección de la Caja de Ahorros de Vigo Julio Fernández Gayoso, quien hizo la lectura correcta de la investigación y del investigador. Al tal Portanet no le gustaba el acento gallego de Antón Beiras ni el vago izquierdismo que algunos le atribuían. Pese a todo, el invento del doctor Beiras quedó vinculado para siempre a Vigo. Para ello, Antón, que también inventaba palabras, creó el neologismo vigoscopio. Si los humildes poseedores de cartillas de ahorro en la “Caja” de la ciudad —vigueses residentes en Vigo o en la emigración— financiaban este singular sinoptóforo, justo es que se denomine vigoscopio. Así pensaba, siempre tan “demótico” y tan del país, el doctor Beiras.

Algunas otras facetas de Antón Beiras habrá que examinar en el futuro, y para ello habrá que consultar el inmenso archivo que hoy custodia Antía Cal, que aún sigue escribiéndole cartas de amor a aquel pedagogo ejemplar. Alguna se reproduce en el presente libro; también se reproduce un poema de Antón, de 1959, titulado “Versos sinxelos a Ourense”. Es que Antón Beiras también sabía componer versos excelentes.

X. A. M.  
Vigo, octubre, 2009



Exlibris de Antón Beiras  
realizado por Urbano Lugrís